

Aires caribeños en el Instituto Zorrilla



Godofredo Garabito

ELDIADENVALLADOLID.COM

GODOFREDO GARABITO

Con solemnidad y austeridad académica el paraninfo del Instituto Zorrilla abrió sus puertas a «un acontecimiento de resonancia literaria e histórica» en palabras de su director, Carlos Duque, al referirse a *La hija del alcalde*, libro de Carmen Cazorro García de Quintana que esconde una emoción en cada página. El público que abarrotó el lugar puso de manifiesto el gran poder de convocatoria que aún ejerce Antonio García de Quintana a los 73 años de su fusilamiento durante la Guerra Civil. La profesora de Historia de dicho instituto, María Antonia Salvador, destacó magistralmente en su presentación como la obra, que fuerza la memoria hasta el tormento, cierra el círculo de un objetivo permanente: poner de manifiesto el valor de la educación como principio de libertad.

No pasó desapercibido el interés de la autora en conjugar, en esta ocasión, la obra educativa de su abuelo en el Valladolid de la Segunda República con su propia experiencia pedagógica. En 1931 había en nuestra ciudad 13.500 niños entre 6 y 11 años de los cuales sólo asistían a clase 3.000. Antonio García de Quintana como alcalde estaba dispuesto a poner fin a unos datos tan sobrecogedores. En su ambicioso proyecto Valladolid pasó de 59 a 127 escuelas y daba comida diaria a 886 niños en comedores escolares. Era la primera vez que esto ocurría en España, como se encargó de destacar María Antonia Salvador quien no sólo hizo gala de su dominio del trasfondo histórico presente en la novela, sino de un gran talento comunicativo, en particular, al profundizar en la niñez de la protagonista, «la dulce Teresina» y en los avatares de las mujeres de su familia «empeñadas en levantarse día a día con el único objetivo de responder con dignidad al odio, a la maldad o al sentimiento de fracaso».

No obstante, otro contexto rodeaba el libro. La autora hizo sus estudios de Bachillerato en el Instituto Núñez de Arce cuando este centro educativo, dedicado a las niñas, compartía sus facilidades con el Instituto Zorrilla.

Buena parte del inolvidable entramado humano, profesores y estudiantes que la rodeó en aquellos tiempos se congregó a su alrededor. Con emoción, destacó la presencia de Don Jesús Lériida Domínguez, su profesor de griego, al que -confiesa- emula desde su Cátedra de Literatura y Creación Literaria.

Me atrevo a suponer que para la nieta del alcalde, que concibe la literatura como un campo de lucha contra las afrentas de la vida, escribir esta novela testimonial en Puerto Rico tuvo el efecto de aliviar su trágico contenido con la caricia de la brisa tropical. Estas

palabras son muestra de ello: «Me gusta pensar que yo apesé una semilla de esas que pasan largas temporadas vagando, gracias a que mi madre la hizo zumbar en mis oídos y que cuando me la llevé a Puerto Rico allí perdió altura y se posó en tierra tropical para que yo la abonara.»

Fernando Pradera presentó de manera original, a modo de epístola, a la escritora y la retrató como «un ciclón tropical» capaz de llegar hasta Tailandia y editar la biografía de su rey. Otra intervención, la del actor Pedro Martín, acercó al público, sin falsos dramatismos, a los últimos momentos del alcalde socialista en los que con clarividencia ve la situación de aquella época de sangre y se dirige a sus hijos.

El personaje central de la novela, madre de la autora e hija de García de Quintana estaba presente confirmando una vez más en su exilio íntimo, cargado de penosos recuerdos, que las lágrimas no detienen la vida. Los versos del zamorano Claudio Rodríguez resonaron especialmente para ella: «Tú deja que esta calle siga hablando por ti, aunque nunca vuelvas/ Cuando todo se vaya, cuando yo me haya ido/ Quedará esta mirada». Clara alusión ésta a que uno de los colegios más céntricos e importantes de Valladolid lleve el nombre de D. Antonio García de Quintana.